

Lido

122997

V. B.
M. Granger
(D. K. ...)

4

LOS JUEGOS OLIMPICOS



EXAMENES
PROFESIONALES



SEMINARIO

LETRAS CLASICAS.

TRABAJO QUE SE PRESENTA PARA OP-
TAR POR EL GRADO DE LICENCIADA -
EN LETRAS CLASICAS.

U.N.A.M. 1968

FACULTAD DE LETRAS Y LENGUAS

COLEGIO DE LETRAS

SILVIA BAZA LOPEZ

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

XLC

BA2

1968

4



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

LOS JUEGOS OLIMPICOS

Al igual que en cualquier otra cultura, la religión ocupaba entre los griegos un lugar preponderante. Tan es así que las fiestas de carácter religioso eran muy numerosas en el mundo helénico, debido en parte quizá a la gran cantidad de dioses y de héroes divinizados que debían recibir su homenaje.

Los únicos festivales griegos que tenían carácter nacional eran los siguientes:

Olímpicas (en Pisa, Eliada)

Píticas (en Crisa, Fócida)

Nemeas (en Argólida)

Istmicas (en Corinto)

Las Olímpicas eran las más importantes a causa de ser celebradas en honor del dios supremo: ZEUS. Estas fiestas eran juegos atléticos en los que se trataba de dar el premio a la fuerza y la destreza, puesta a prueba en concursos gimnásticos e hípicas.

Hay que tener presente que los griegos le rendían un culto muy especial al cuerpo humano, y por tanto todo lo que representara dominio, virilidad, fortaleza e inteligencia

era objeto de un homenaje casi siempre público. Ya - desde los tiempos homéricos, aquél que sobresale en el campo de batalla es venerado y admirado por todos.

No muy distinta será la posición del vencedor en los juegos olímpicos, ya que recibía como recompensa una sencilla corona, símbolo de la fama que adquiriría tanto él como su patria en labios de los poetas como Píndaro, cantor de las hazañas de los héroes en los juegos olímpicos.

Los griegos nunca sintieron la necesidad de formar una nación y es ahí en donde tomaron conciencia de su unidad, de sus aspiraciones y creencias comunes. A estos juegos podían venir como espectadores todos aquellos que lo desearan, incluso los esclavos y los bárbaros, pero no las mujeres, exceptuando desde luego a las sacerdotisas.

D

Dichos juegos se celebraban en Olimpia que no era una ciudad propiamente hablando; era un gran santuario que no se abría más que durante la fiesta, y los monumentos que ahí se elevaban estaban en estrecha relación con la celebración. El corazón de Olimpia era el recinto sa--

grado de Zeus, llamado Altis, situado en la confluencia de los ríos Cladeo y Alfeo y al pie del monte Cronión, en cuya cumbre se hallaba desde tiempos inmemoriales un lugar de sacrificios destinados a Cronos. Más tarde el Altis, estuvo rodeado por una muralla en que se abrían varias puertas, y el cuerpo principal del edificio encerrado por la muralla era el templo mayor de Zeus, al lado sur, donde se veía la estatua del dios, labrada en oro por el escultor Fidias.

Además se encontraban el viejo templo de Hera (construido en el siglo VIII por los habitantes de Escilonte; el Pélopion o santuario de Pélope, a cielo abierto y rodeado de una cerca pentagonal; el gran altar de Zeus en donde los adivinos a menudo consultados por la concurrencia, interpretaban los presagios dados por la flama de los sacrificios y en la terraza que bordeaba la pendiente del monte Cronión, se alineaban unos "tesoros" construidos por diferentes ciudades de Grecia o de las colonias.

Al este del Altis se encontraba el Estadio, donde tenían lugar todas las pruebas, excepto las carreras de carros y de caballos, que se llevaban a cabo en el hipódromo

dromo colocado al sur del Estadio.

SUS ORIGENES

La gran fiesta olímpica tiene orígenes muy antiguos y con elementos míticos (entre otros el de Pélope y el de Heracles).

El suceso de Pélope, cuya tumba se veía en el recinto sagrado, quedó siempre ligada a los juegos, aunque los dorios los hubieran relacionado con su héroe preferido, Heracles, y que desde luego se le haya atribuido la institución.

He aquí los mitos de Pélope:

Hijo de Tántalo y de Diana. Su padre para ganarse la voluntad de los dioses que estaban disgustados con él, los invitó a un banquete, durante el cual les hizo servir el cuerpo de su hijo, cortado en picadillo y mezclado con salsas y viandas. Ninguno de los dioses notó nada, excepto Ceres, de paladar exquisito. Descubierta su crimen, Júpiter ordenó a Mercurio metiese todos los pedazos humanos en una redoma mágica, de donde Cloto (una de las parcas:

-Cloto la que hila la vida; Laquesis la fatídica y Atropos la inflexible) sacó a Pelope en perfecto estado vital; no le faltaba sino la costilla que se había comido Júpiter, la cual fue reemplazada por otra de marfil. En otro mito se cuenta que Pélope debió su resurrección a Rea, auxiliada por Pan. Píndaro niega esta leyenda, y pretende que el hijo de Tántalo, amado por Neptuno, residió algún tiempo en el Olimpo. Los Pelópidos tenían todos, en memoria de aquel acontecimiento, una costilla de blancura extraordinaria. Llegado a la adolescencia, Pélope se refugió en Pisa, ya que había sido arrojado por Tros de sus estados, quien vengó así el envenenamiento de su hijo Ganimedes por Tántalo. Más conforme con todas las tradiciones está el deseo de obtener Pélope la mano de Hipodemia. Habiendo encontrado colgadas las cabezas de los demás pretendientes de ésta en lo alto de la puerta de Pisa, pretendió asegurar su victoria ganándose a Mirtilo, conductor del carro de Enomao.

Luego de haber dedicado sacrificios a Minerva Cidonia, montó sobre un carro tirado de cuatro caballos conducido por Cillas y consiguió la victoria. Se--

gún Píndaro, Pélope imploró la ayuda de Neptuno, quien le regaló un caballo alado. Para aplacar a sus manes, Pélope elevó a Mercurio el primer templo que este dios tuvo en el Peloponeso. Y erigió un monumento y estableció juegos fúnebres en honor de todos los pretendientes de Hipodamía. Esta que, según algunos autores, había ayudado a su esposo a obtener la victoria, seduciendo ella misma al cochero de Enomao, instituyó en Olimpia una fiesta, llamada Herea en honor de Juno; en ella se disputaban las mujeres el premio de una carrera. Pélope dio su nombre a todo el Peloponeso, y, en opinión de Pausanias, a nueve islas situadas cerca de la costa de Tre-ceno.

Se sabe que dejó numerosos descendientes. Al parecer tuvo con una manceba un hijo llamado Crisipo, Pélope acordó que fuera éste su sucesor. De aquí la rabia de Atreo y de Tieste contra Crisipo, al que mataron, arrojando su cuerpo a un pozo. Habiendo sido descubierto su crimen, tuvieron que huir, juntamente con su madre; pero más tarde fueron perdonados por Pélope. Durante la guerra de Troya, un oráculo declaró que si los griegos querían vencer, debían poseer los huesos de Pélope. Varios mensajeros fueron a buscar la costilla de marfil de aquél; pero

naufragó el barco donde la traían, cerca de la isla de Eubea.

Se dice que Hércules fue el primero en ofrecer un sacrificio a Pélope en el bosque de Altis; era muy venerado en Olimpia y se sacrificaba en su honor un carbón negro.

IMPORTANCIA DEL SACRIFICIO

El sacrificio animal era el rito central de la religión griega; sobre el altar se quemaban los pedazos de la víctima que correspondían al dios y en el fuego cada oferente asaba su porción. El banquete sacrificial era en cierto modo una comunión que unía al dios y a los hombres con un lazo cuya inviolable santidad destaca fuertemente en toda la cultura arcaica.

Por lo general, en cada templo se celebraba anualmente sólo una fiesta con sacrificios. Las ceremonias eran largas: una gran procesión, el sacrificio, coros que cantaban himnos y que bailaban en honor del dios; juegos competenciales deportivas y espectáculos que estaban ligados a determinadas fiestas. Con ocasión de fiestas importantes

(como éstas que estamos tratando aquí) se desarrolló un activo mercado que no tenía nada que ver con la religión, pero que satisfacía la necesidad social de los hombres de reunirse, hacer negocios y regocijarse.

No por esto se subestimaré el sentimiento piadoso que las fiestas de los dioses podían producir (fenómeno que se repite en nuestros días cuando, por ejemplo se celebra la fiesta en honor de un santo).

Las fiestas son la manifestación más concreta de la religión colectiva; pero cada uno, tenía libertad para dirigirse personalmente a su dios con sacrificios, promesas o plegarias.

El templo griego era la morada del dios. En el interior del templo, delante de la estatua del dios (si la había), se hallaba habitualmente una mesa, sobre la cual quien quería dirigirse al dios depositaba sus ofrendas, tortas, frutas, etc. pues no era correcto rezar a un dios sin llevarle algún don. Quien había sido salvado de un peligro, curado de una enfermedad, atendido en una súplica o había obtenido ganancia, mostraba su agradecimiento por medio de un regalo a la divinidad a la

- que se atribuía el favor.

Si no existía ningún templo, los dones eran colgados de las ramas de los árboles del bosque sagrado (muchos lugares de culto ni siquiera contaban con una modesta capilla, pero nunca faltaba un sencillo altar de piedras o de tablas; los árboles que crecían en el recinto sagrado estaban bajo la custodia del dios).

Ofrendas importantes, como estatuas, eran colocadas en el recinto sagrado delante del templo. En Delfos, como también en Olimpia, las ofrendas menores llegaron a ser tan numerosas, que el templo resultó insuficiente para contenerlas, por lo que muchas ciudades edificaron los "tesoros" para conservar los dones.

Quien se acercaba a los dioses para ofrecerles un sacrificio, dirigirles una plegaria o visitar su santuario, tenía que estar libre de mancha, ritualmente puro.

Las exigencias rituales de pureza se convirtieron en el punto de partida para el establecimiento de preceptos morales.

Ven, oh forastero, al recinto de la divinidad pura puro de espíritu cuando toques la fuente de las Ninfas.

Pues a los buenos les basta una sola gota; más al varón perverso

ni el océano entero con sus corrientes podría lavar.

† Como se ve el griego demostraba su piedad en diferentes formas, pero en ninguna con tanta alegría y espontaneidad como en estos juegos.

Y es que el hombre necesita ver de cerca a sus dioses, jugar con ellos, seres superiores, que aparentemente se han "humanizado" pero que poseen algo de inalcanzable para la humanidad: la inmortalidad.

El griego de una manera conciente pugna por alcanzar la categoría de "dios" y si en este mundo es la belleza física e intelectual la que se va a "divinizar", la trascendencia de los juegos será definitiva ya que en ellos se hará derroche de las cualidades necesarias para alcanzar el grado de "héroe" que equivale a decir, semidios, "mito imperecedero".

LOS HEROES SU FUNCION

El héroe, categoría más alta que puede alcanzar un hombre, ha desempeñado un papel muy importante en la historia del mundo, principalmente del griego., y es por esto que se debe hablar de su origen.

Allá por el siglo VII A.C., Dracón de Atenas estableció en forma escrita ciertas leyes, entre ellas la norma de que los dioses y los héroes de la patria fuesen venerados en común, de acuerdo con las costumbres de los pa--dres y antepasados.

Es aquí donde se encuentra por vez primera a los héroes como seres de naturaleza superior, mencionados a la par de los dioses y acreedores como éstos a los sacrificios regulares del culto. Este testimonio, el más antiguo que se tiene acerca del culto a los héroes griegos, se remonta a una larga época de la patria.

En la fe popular, en las prácticas religiosas de las ciudades, nadie disputa a los héroes el lugar que les corresponde junto a los dioses. Por los dioses y los héroes de la patria juran los representantes de las ciudades en las ceremonias y los actos oficiales. A los héroes se les

honra por medio de sacrificios, que son muy distintos de los tributados a los dioses olímpicos. Los sacrificios ofrendados a los dioses se realizan en pleno día, a la luz del sol; los de los héroes, al atardecer o por la noche.

Los héroes eran los espíritus de hombres muertos que moran en el interior de la tierra, que gozan de vida eterna al igual que los dioses y se hallan dotados de un poder semejante al de éstos.

Este carácter de hombres descollantes del pasado, ya muertos pero que aún gozan de conciencia, aparece claramente por una clase de cultos que se les rendía, y que en un principio era privativo de ellos: los juegos funerarios que todos los años se tributaban en su honor.

Los juegos olímpicos, como anteriormente se aclaró, tuvieron por origen los juegos funerarios en honor de Pélope, que era venerado como héroe: todos los años se le sacrificaba en el Pelopión, su sepulcro, un carnero negro, dejando que su sangre corriera a una fosa sacral, lo que es igual que decir que lo que se ofrendaba

al héroe era la sangre, el cuerpo del animal se quemaba y ningún hombre comía ni la más pequeña parte. También se hacía pasar por la tumba de Pélope el lugar del estadio en que debían dar la vuelta los corredores.

Aunque Homero ya menciona los pugilatos entre príncipes con que se solemnizaba el entierro de los muertos nobles, no nos habla de una regularidad de estas ceremonias funerarias.

Hasta que no llegó a su apogeo el culto a los héroes, no se conocieron los juegos agonales repetidos regularmente, y unidos casi siempre a las fiestas anuales de determinados héroes, siendo su misión la de honrar la memoria de la figura heroica en cuyo honor se celebraban.

En el culto a los héroes tiene sus primeras raíces la institución de los juegos "agonales" y es por eso que en tiempos posteriores, muchos de los vencedores en las grandes jornadas agonales eran incorporadas, a su vez, por la fe popular a la pléyade de los héroes. Si bien es cierto que principales ágonos en los que se congrega

-ba toda Grecia, los píticos, los olímpicos, los nemeiícos y los ístmicos, son ya en los tiempos históricos, juegos en honor de los dioses. Era convicción general que también estos juegos habían sido instituidos originalmente como ágonos funerarios en honor de héroes y sólo más tarde se habían puesto bajo la advocación de poderes más altos.

Los héroes eran, espíritus de grandes hombres muertos y no una especie de "semidioses" (los hijos nacidos de los amores de dioses con mujeres mortales); en la época homérica este apelativo se extiende también a sus compañeros) o "demonios" (seres divinos de orden inferior, sustraídos a la fatalidad de la muerte).

Aquéllos vivieron en un tiempo como hombres, categoría de la que salen después de su muerte, para convertirse en "héroes". A partir de este momento obtienen una vida más alta, almas que después de la muerte y de su separación del cuerpo, llevan una vida superior y ya imperecedera.

Esto no quiere decir que todos los hombres se conviertan, al morir, en héroes, sino que, en realidad, representan una excepción.

- Evidentemente, que resalta la "contraposición" entre la fe en los héroes y las ideas homéricas.

Para Homero, la vida eterna no entrañaba la separación del alma y el cuerpo, ni por tanto: una existencia a medias del alma separada en estado de semiconciencia crespucular.

El panorama cambia, al aparecer la fe en los héroes: aquí se trata de persistencia de la vida conciente en las proximidades de los vivos, después de la muerte al haberse separado la psiqué del hombre corpóreo y visible, y, a pesar de ello.

En aquel tiempo, brotando de las profundidades de la fe popular y de un antiguo culto a los dioses que jamás había llegado a extinguirse, cobraron nueva fuerza ciertas ideas acerca de la suerte de los dioses y de los hombres hasta entonces ocultas, viniendo, sino a desplazar, por lo menos a colocarse a la altura de las ideas homéricas imperantes (sus héroes alcanzaban la inmortalidad en vida sin sufrir el golpe de la muerte).

Al contrario, los héroes de la nueva fe están condenados

a la muerte y ya han pasado por ella; privados del cuerpo siguen viviendo de todas maneras.

El culto a los héroes se presenta siempre unido al lugar que pasa por su "sepulcro". He aquí por qué, allí donde un héroe goza de especial veneración del momento funerario, suele erigirse en la ciudad donde se considera enterrado, centro del culto que se le tributa, en uno de los lugares más importantes de ella, en el foro, en el Pritaneo- casa en que el consejo de la ciudad celebraba sus reuniones.

Allí donde está el sepulcro se considera que está el propio héroe, que tiene el sepulcro por morada, lugar en que se le hacía llegar la sangre de los animales sacrificados en su honor, por unos agujeros abiertos directamente en su sepulcro. Generalmente se cree que el sepulcro encierra los huesos del héroe, los que lo encadenan al lugar en que se había enterrado. De aquí que cuando se quiere vincular a un héroe y su poder titular a la ciudad se traiga de fuera y se entierren en el suelo patrio, después de oír al oráculo, los restos mortales del héroe, ya sean los reales o los supuestos.

El hecho de que la posesión de los restos corpóreos garan-

tizaran la posesión del héroe mismo hacía que las ciudades muchas veces se protegieran de los forasteros de quienes temían que pudieran sustraerles las preciosas cenizas, conservando misteriosamente el lugar de la tumba en que se hallaban enterradas.

El culto a los héroes muestra desde todos los puntos de vista un culto a los antepasados. En Esparta cuando moría un rey, se celebraban sus exequias fúnebres con un gran lujo; su cadáver (que aunque la muerte ocurriera fuera del país, era traído a Esparta, embalsamado) recibía sepultura entre los muertos de su linaje y se le rendían honores que no correspondían a un hombre, sino a un héroe.

Los héroes principales venerados por las grandes comunidades eran reconocidos en general, como los antepasados y los fundadores de las colectividades territoriales que les rendían culto.

Es imposible conocer detalladamente como se originó y se extendió la institución de los héroes, bastante numerosos por cierto.

Casi todas las figuras de la leyenda recibían un culto heroico (Aquiles, Ajax, etc.) así como figuras oscuras o secundarias, cuyo recuerdo se mantuvo vivo - debido al culto a ellas consagrado desde tiempos remotos por una pequeña comunidad.

Estos son los auténticos héroes del país y de cuyo culto habla ya Dracón.

Podía suceder que los moradores de la localidad en que se veneraba su sepulcro, no conocieran ya el nombre de un héroe al que venía rindiéndose culto desde tiempos muy remotos.

Así, en la plaza de Elis alzábase un pequeño tempb sobre columnas de madera; sabíase que era una capilla votiva, pero nadie conocía el nombre del héroe allí ente-rrado. En el hipódromo de Olimpia había un altar redondo ante el que se espantaban los caballos de carreras. No se sabía con seguridad cuál era el héroe sepultado bajo él; pero el pueblo lo llamaba el Taraxippo porque asustaba a los caballos.

La fe en los héroes, multiplicaba los objetos de su -

culto. Después de las grandes batallas libradas contra los persas y que removieron hasta lo más profundo los más sagrados sentimientos de los griegos, a nadie podía ocurrírsele exagerado que se elevara a la categoría de héroes a grandes grupos de hombres caídos por la libertad de su patria. Hasta tiempos muy avanzados, todos los años se celebraba una solemne procesión en honor de los griegos muertos en la batalla de Platea y un gran sacrificio en que el arconte de la ciudad invitaba a comer y a saciarse de sangre" a los valientes hombres muertos por Grecia".

Sobresalía una aristocracia de héroes de rango superior, de la que formaban parte, fundamentalmente aquellos muertos que, glorificados de antiguo por la leyenda y la poesía, extendían su fama a través de toda la Hélade, como aquéllos cuyos nombres aparecen reunidos en Píndaro: los descendientes de Eneo, en Etolia; Yolco en Tebas, Perseo en Argos; los Dióscuros en Esparta, etc.

A algunos de los hombres heroificados se les empezó a rendir culto "como a un dios" (Heracles y Asclepio); la línea divisoria entre los dioses y los héroes fue desapareciendo.

A algunos de los hombres heroificados se les empezó a rendir culto "como a un dios" (Heracles y Asclepio); la línea divisoria entre los dioses y los héroes fue desapareciendo.

Los héroes, inmortales como los dioses eran casi tan acreedores como éstos al respeto de los hombres y aún cuando su influencia sea muy restringida, se hallaban relacionados mucho más estrechamente a sus adoradores que los dioses olímpicos.

En general, las leyendas en torno a los héroes presentan un carácter absolutamente popular. Es una especie de mitología, que se da a los poetas para que éstos la moldeen en multitud de combinaciones. Los dioses parecían hallarse ya muy lejos de los hombres y su influjo se había sumergido en el pasado. Al contrario los espíritus de los héroes se encontraban más cerca de los vivos y su fuerza se percibía en la dicha y la desventura de éstos.

En los cuentos y los mitos del pueblo, nacidos de los acontecimientos de su propio presente se fue formando el elemento sobrenatural, sin cuya intervención la vida y la historia carecen de encanto.

- CRONOLOGIA Y DESARROLLO DE LAS OLIMPIADAS. |

La fecha más aceptada que marca el inicio de los fuegos Olímpicos es la de 776 A. C. Se dice que Ifito y Licurgo reorganizaron el reglamento de luchas y dieron principio a la lista de vencedores con el nombre de Coroibo, ganador de la carrera pedestre. A partir de entonces el triunfador daba nombre a la Olimpiada, y como dicha fiesta se celebraba cada cuatro años, una Olimpiada vino a ser el período de cuatro años de una a otra celebración, iniciándose así el calendario griego.

Tan pronto como los portadores eleanos de la paz de Zeus, habían anunciado el principio del mes sagrado (hieromenía) y habían recorrido todas las regiones invitando a los helenos a la fiesta, se proclamaba en toda la Hélade la tregua sagrada (Ekecheiría) misma - que permitía a los competidores y peregrinos hacer con plena seguridad el viaje de ida y vuelta. Aquél que se atrevía a violarla era castigado con crecidas multas.

La dirección de todos los festejos, se hallaba en manos de nueve, más tarde diez jueces de los juegos públicos

(hellenodicae), elegidos entre los ciudadanos eleanos y cuya misión era la de examinar y calificar cuidadosamente a los concursantes. Cada uno debía comprobar que era griego de nacimiento y hombre libre, y que ha bía cumplido los meses de preparación o entrenamiento. También debía seguirse ejercitando durante los treinta días que precedían al concurso, en la Eliada, bajo la vigilancia directa de los helenódicos.

Una vez organizados, llegaban las embajadas solemnes (teorías) de las ciudades helenas ostentando el mayor lujo en sus trajes y atavíos. Así como la riqueza y el poderío de su patria. Acudían por doquiera innumerables muchedumbres de peregrinos, que afluían de los tres continentes y hablaban los más variados dialectos; acampaban al descubierto en las extensas llanuras del Alfeo.

Además del carácter meramente atlético, el festival tenía cierto aspecto de feria internacional, en que, un autor tenía la oportunidad de dar a conocer su obra (leyéndola ante el público), o un orador podía exponer al auditorio algún tema de interés nacional.

El programa de los juegos era el siguiente:

El primer día empezaba con el sacrificio que los eleos ofrecían sobre un altar, formado por las cenizas de sacrificios anteriormente hechos al Zeus Olímpico; seguían las embajadas solemnes, encargadas oficialmente de hacer una ofrenda y entregaban valiosos regalos votivos de su respectiva patria.

Luego los jueces de los certámenes hacían jurar a los concursantes que durante los diez últimos meses se habían entrenado conforme al reglamento y que durante la lucha no recurrirían a trucos desleales. Después sorteaban las parejas de competidores; el último impar que daba a la expectativa, para luchar luego con el primero de los vencedores. Si alguna vez uno no hallaba contrincante, vencía "sin cubrirse de polvo".

Antes de despuntar el alba del segundo día, se llenaban los taludes que rodeaban el Estadio y las laderas de la colina de Cronos, con muchos miles de curiosos, deseosos de presenciar el grandioso espectáculo que principiaba ese día con las carreras pedestres de los niños, la lucha y el pugilato infantil.

Al tercer día tenían lugar los concursos de los hombres en el siguiente orden:

1.- La carrera pedestre era el más antiguo de todos los certámenes se comenzaba con la carrera de resistencia en la que se trataba de recorrer 24 veces la pista, cuya longitud era aproximadamente de 600 pies olímpicos equivalentes a 192 metros de los nuestros. Completamente desnudos los competidores, se lanzaban vertiginosamente a la carrera sobre la mullida arena.

Enseguida una carrera sencilla, (*σζαδία*), dándose una sola vuelta a la pista, y la carrera de ida y vuelta, (*διδυμία*) en la que se hacía el recorrido dos veces. Considerábase como singularmente honrosa la victoria alcanzada en la carrera sencilla, puesto que el vencedor prestaba su nombre a la olimpiada.

2.- La lucha, (*πύλη*), que en la actualidad se llama, aunque impropriamente, grecorromana. El vencedor era el que derribaba tres veces a su contrincante hasta que tocara el suelo con sus dos hombros; para conseguirlo se permitían muchas maniobras que hoy consideramos prohibidas, como por ejemplo, echar la zanca-

- dilla, dar un golpe seco en las curvas de los pies, re-
torcer los miembros del concurrente o hacer un quiebre
para sorprenderlos por detrás o aprisionarlo con los
muslos.

3.- El pugilato (Πυγμαχία), los pugilistas eran venda-
dos de manos y muñecas con correas blandas de cuero de
buey, que más tarde fueron cubiertas con chapas metáli-
cas. El que no podía parar a tiempo con el brazo o in-
clinándose a esquivar prestamente los golpes, recibía
sobre la cabeza y el pecho los tremendos puñetazos, que
le herían como mazazos; prueba de ello tenemos en las
orejas hinchadas, narices desfiguradas y labios parti-
dos de las estatuas de los pugilistas.

4.- La lucha y el pugilato combinados (Παγκράτιον). Esta
no terminaba con derribar al adversario, sino cuando un
luchador caído se declaraba vencido, extendiendo la ma-
no en señal de rendición. Si al principio esta lucha -
parecía tener su justificación, ya que en ella no se po-
día vencer sino por la fuerza prodigiosa, unida a una
agilidad extraordinaria, más tarde fomentó la institu-
ción de atletas profesionales con su "potente muscula-
tura de toro y sus hombros de acero" que entre otros sir-
vieron de modelo al creador del "Hércules Farnesio".

-Al cuarto día tenía lugar, como primera parte, el espectáculo más magnífico, el de las carreras de carros de guerra. Participaban en ella cuadrigas (desde 404), así como también las bigas tiradas por caballos adultos (^{στρωπὸς τετράων ἵππων}), o (desde 380) por potros (^{πρωτόων}). Necesitábase gran atención y habilidad suma en la desenfrenada carrera para dar la vuelta a las columnas colocadas en los extremos de la pista (^{ῥότα}); debido a la aglomeración que allí se producía -puesto que todos los competidores corrían a la vez- menudeaban las desgracias. Lo mismo que hoy día, vencían los caballos y su propietario, no el jinete ni el conductor, los que, en caso de vencer, recibían tan sólo la cinta de la victoria (taenia). A partir de 648 se introdujeron también en Olimpia las carreras de caballos.

Seguía después como segunda parte la quintuple lucha (pentatlón), que comprendía la reunión de los ejercicios más antiguos y sencillos de la palestra (saltos de longitud, (lanzamiento del disco), (carrera pedestre), (tiro al blanco con una jabalina pesada), (una lucha).

Aristóteles dice: "Los luchadores en el quintuple certamen son los hombres de más hermosa presencia, puesto

que su cuerpo está educado tanto para los ejercicios de fuerza como de velocidad".

Después de que el flautista había ejecutado un "canto pítico", la lucha daba comienzo con los saltos de longitud. Los gimnastas saltaban llevando pesas, en las manos, las que servían para aumentar la altura y el alcance del salto y para asegurar el aterrizaje. Seguía luego el lanzamiento del disco, un disco de forma algo lenticular, de bronce, que debían arrojar lo más lejos posible por el espacio. El tiro al blanco con una jabalina pesada, una carrera pedestre y una lucha completaban el pentatlón. Esta larga serie de ejercicios que duraba tres días, terminaba al tercero con la carrera de armas, ὁπλιζάντων δρόμος una carrera de guerreros jóvenes, cubiertos con su armadura completa, más tarde cargados tan sólo de un escudo de bronce.

El quinto día era el de los vencedores. Aunque ya anteriormente cada vencedor había recibido una palma, los helenódicos les entregaban entonces el objeto más preciado para un griego, a saber, la corona de oliva hecha de una rama, que un niño, cuyo padre y madre vivieran aún.

había cortado con un cuchillo de oro del olivo sagrado,

Los heraldos proclamaban al pueblo entero el nombre de los vencedores, el de sus padres y el de su patria.

Formando un cortejo, los vencedores, precedidos por el fausto de las embajadas solemnes se dirigían hacia los altares de los dioses para ofrecer un sacrificio en acción de gracias. Algunos Coros entonaban alegres cantos, hasta que los vencedores eran llamados al Pritaneo para asistir al banquete, durante el cual poetas como Píndaro, consagraban su talento a glorificarles con cantos triunfales, ἐπικύματα y eternizar su bien cimentada fama. Aún durante el siglo II D. C., la olímpica corona equivalía a un título de nobleza. Grandes distinciones esperaban al vencedor que volvía triunfante a su patria; en un fragmento de Jenófanes de Colofón (alrededor del 350 A. C.) se mencionan algunos:

"Ya cuando alguno con sus ágiles pies alcance la victoria, o venciera en la quintuple lucha, allí en el recinto de Zeus cerca del río de Pisa, en Olimpia, bien sea como luchador, bien porque domine el doloroso arte de los puños, bien la terrible prueba que pancración lla-

man; entonces más hermoso parecerá a todos los conciu-
dadanos, ganará por los juegos el gran honor del pri-
mer asiento, será obsequiado con comidas bien mereci-
das a expensas públicas y para siempre guardará como
mejor joya un regalo de su ciudad natal".

Cuando Alcibíades obtuvo una triple victoria en la ca-
rrera de carros, convidó a todos los espectadores, es-
canciándose vinos de Lesbos, facilitado por esa ciudad.
El vencedor obtenía el derecho de mandar erigir en el
Altis una estatua con una inscripción, pero era tan só-
lo después de su tercera victoria cuando estaba permiti-
do que la estatua reprodujera su efigie; a pesar del
enorme número de aquellas estatuas de vencedores, nin-
guna de ellas ha sido hallada intacta. Al concluir las
festividades, millares de personas permanecían todavía
reunidas en Olimpia. Empezaba una gran feria de artifi-
ces, artistas y mercaderes que se habían establecido por
los alrededores; publicábanse decretos y tratados de los
Estados; los historiadores y poetas leían sus obras al
gran público; filósofos y oradores pronunciaban discurs-
sos, ἑπιδείξεις Herodoto, Gorgias, Hippias, Pró-
dico, Lisias y otros elevaban allí su voz ante un audito-
rio que representaba lo más selecto de la Hélade. El

mismo Píndaro desempeñó un papel muy importante como educador-poeta.

Las fiestas se celebraron aún durante mucho tiempo después que Constantino el Grande hizo del Cristianismo la religión del Estado; en 393 D.C. Teodosio se vio precisado a decretar su abolición, y 30 años más tarde Teodosio II la hizo realidad, haciendo prender fuego al templo de Zeus. Sus enormes columnas y moles de piedra fueron derribadas por terremotos (522 y 551 D.C.)

LOS JUEGOS OLIMPICOS MODERNOS

La idea de revivir los juegos olímpicos antiguos nació en Alemania J.F. Guts-Muths (1759-1839), fundador del notable movimiento de gimnasia alemana, tuvo la feliz idea. Ernst Curtius (1814-1896) dio una conferencia sobre los juegos antiguos, el 10 de enero de 1852, en Berlín. Sus investigaciones despertaron interés en Grecia, donde el acaudalado alcalde Euangelis Zappas organizó los primeros "Juegos Pan Helénicos", presenciado por 20,000 espectadores, según se informó. Estos juegos, encuentros puramente nacionales, se repitieron en 1870, 1875, 1888 y 1889.

Sin embargo, es el barón Pierre de Coubertin (1863-1937) de Francia, quien es considerado justamente el "Fundador de los Juegos Olímpicos Modernos". Este joven noble, acaudalado, recibió del gobierno francés, en 1889, la comisión de estudiar la cultura física en todo el mundo civilizado. Sus investigaciones produjeron una imagen inquietante de antagonismo entre deporte y deporte, entre nación y nación y el ya aparente espíritu comercial en los deportes, espíritu inexistente en la Grecia Antigua.

En una conferencia el 25 de noviembre de 1892, De Coubertin expuso por primera vez públicamente, en la Sorbonne de París, su convencimiento de que debía hacerse una reanudación moderna de los juegos antiguos. Su conferencia tuvo una gran acogida y en 1893 De Coubertin convocó a una conferencia internacional en el Salón de las Ciencias de la Sorbonne, en junio del siguiente año (1894). Trece países enviaron representantes y otros 21 enviaron mensajes de apoyo. En el último día se aprobó la resolución de que "deberán efectuarse competencias deportivas cada cuatro años, siguiendo las líneas de los Juegos Olímpicos Griegos, y se invitará a participar a todas las naciones".

- De Coubertin imaginó los primeros juegos en París, al principio del siguiente siglo, pero se aprobó una moción griega concediendo a los helenos el privilegio de efectuar la primera celebración en Atenas, en 1896. De acuerdo con eso, se formó el Comité Olímpico Internacional (COI), integrado por 12 individuos, llevándose a cabo en 1896: Los primeros Juegos en Atenas.

A partir de entonces se han efectuado las Olimpiadas cada 4 años en diferentes partes del mundo; hasta que finalmente se ha designado a México como escenario de los próximos XIX juegos para 1968.

CONCLUSION

Sin lugar a dudas las manifestaciones del espíritu y el pensamiento humanos son diversas de acuerdo con la época en que surgen. De lo anterior tenemos un ejemplo bastante claro al comparar la trascendencia de aquellos juegos olímpicos de la época clásica con la casi nula de los contemporáneos.

¡Cuán lejos nos encontramos de los INMORTALES GRIEGOS!

Alejados no sólo temporal y físicamente, sino, y esto es más doloroso aún, ideal y espiritualmente ya que la ideología occidental nos ha absorbido y sólo esporádicamente vislumbramos la belleza que aparentemente oculta, se encuentra a nuestro alrededor ávida de ser descubierta y aprehendida por algún mortal.

El hombre siempre ha intentado asirse a la eternidad, deseo que ha encontrado respuesta en la religión.

La profunda raíz religiosa del héroe helénico, se encuentra ausente en el héroe de la época moderna y esto es muy inteligible ya que las actuales competencias no se proponen rendir culto a ningún dios.

El cultivo de la belleza física, la "heroicidad", considerando que ésta representaba la fama que conducía a una "divinización" y ésta a la inmortalidad, han desaparecido en el sentido que tenían, para adaptarse a las ideas contemporáneas.

Así el culto a la belleza corporal continúa, aunque ya no ligado completamente al deporte sino enfocado a realizaciones individuales. _____

Igualmente se anhela el título de "héroe" no sólo en el plano deportivo sino en cualquiera que traiga consigo la fama que ya no se deseará por honrar a los antepasados o a la patria sino por el triunfo que trae consigo posible buen éxito en el "amor" o en la elevación del nivel económico.

¿Acaso estos propósitos tienen algo de espiritual?

No, pero no vamos a condenar a la Humanidad del siglo XX, a esa humanidad que conciente o inconcientemente se afana por encontrar la felicidad (que siempre efímera o huidiza puede ocultársele bajo cualquier ropaje).

Enfoquemos nuestra mirada hacia la cultura clásica, no para imitarla, sino para comprenderla y valorizarla, y, así redescubrir los más altos valores del Hombre.

BIBLIOGRAFIA

Sainz de Robles Federico Carlos. Ensayo de un Diccionario Mitológico Universal. 2a. Edic. Editorial Aguilar.

Rohde Erwin. PSIQUE. La Idea del Almay la Inmortalidad entre los Griegos. 1a. Traduc. en Español, 1948 por Wenceslao Roces. Fondo de Cultura Económica. Pánuco 63, México, D. F.

R. Maisch- F. Pohlhammer. Instituciones Griegas. Traduc. del Dr. Wilhelm Zotter. Edit. Labor, S. A.

Pindare. Olympiques. Texte Establi et Traduit par Aimé Puech. 5a. Edic. París. Sociéte d'Edition "Les Belles Lettres". 95, Boulevard Raspail.

A Petrie. Introducción al Estudio de Grecia. Traduc. de Alfonso Reyes. 5a. Edic. Fondo de cultura Económica.

McWhirter Norris D. y McWhirter a. Ross. Libro Guinness de Records Olímpicos. 1a. Edic. en Español, 1966. Edit. Diana.